

REVISTA DE REVISTAS

ECONOMIA

ARCHIBUCI F.: *Planificazione economica e contrattazione collettiva* (Planificación económica y contratación colectiva). *Studi Economici*. Año XIII, n. 6, págs. 982-514.

Divide el autor su trabajo en tres partes. En la primera traza el esquema teórico de las relaciones entre la planificación y la contratación colectiva. Va señalando luego los límites de esta discusión sobre estas relaciones, señala sus tendencias generales y los modelos de estas relaciones. En la segunda parte estudia estas relaciones en el ambiente de las condiciones de Italia. Señala las contradicciones objetivas de la situación italiana, la debilidad del sistema contractual italiano, las consecuencias económicas de la acción contractual en el nivel nacional, las consecuencias económicas de una dinámica contractual diferenciada, la exigencia de un refuerzo del poder contractual aun para los fines de la eficiencia de la planificación, la acción contractual diferenciada como instrumento de una política de desarrollo y en relación con la estabilidad monetaria. En la tercera parte señala los rasgos de una política de conciliación entre planificación y contratación colectiva, la naturaleza de los esfuerzos del sindicato para aumentar el ahorro de los trabajadores, el refuerzo de la contratación colectiva y las perspectivas de plena ocupación; indica cómo el aumento y no la disminución de las responsabilidades contractuales favorece una política de desarrollo. Habla de las formas técnicas por un control sindical del ahorro colectivo de los trabajadores; finalmente muestra la asociación funcional del poder de planificación con el poder contractual. Unas conclusiones resumen todo el trabajo.

LEO C. BROWN, S. J.: *The Family and Its Economic Environment* (La familia y sus circunstancias económicas). *Social Order*. Enero de 1960, págs. 17-24.

Las condiciones con las que el hombre se gana la vida han cambiado extraordinariamente en el espacio de un siglo. Entonces el 64 por 100 de las personas se ganaban la vida en la agricultura; hoy en EE. UU. menos del 10 por 100 de la población se dedica a la agricultura. El autor señala cinco características de estos cambios. 1. Se goza de un más elevado nivel de vida que los antepasados; en las horas de trabajo y en los salarios, en la alimentación, agua, calefacción y luz, en aparatos familiares, en la educación de los hijos, en lo que queda para gastar en otras cosas después de satisfechas las necesidades fundamentales; en 1870 para eso sobraba el

10 por 100 de las entradas, hoy más del 36 por 100. 2. El hogar ha dejado de ser el sitio en que la familia vive su vida; esto pasaba en la familia agrícola; el ejemplo del padre de trabajar fuera del hogar ha sido seguido por los hijos, por las mujeres solteras y aun por las casadas; hoy el 30 por 100 de las mujeres casadas trabajan fuera del hogar para ganar un jornal o sueldo; suelen trabajar hasta que llega el primer hijo y se reincorporan al trabajo una vez el hijo o los hijos llegan a la edad escolar. Con la declinación del hogar disminuye la oportunidad para los hijos de contribuir a los gastos del hogar; la educación de los hijos es un elevado coste. Los ancianos, mientras tenían salud, contribuían algo con su trabajo; hoy para ello hay poca oportunidad. 3. Tenemos una nación de ganadores de jornal, y a pesar de la prosperidad material existe inseguridad psicológica. De cada cuatro, tres ganan jornal; y en la actividad no agrícola, de cada diez, más de ocho trabajan para otros. Todo ello se mezcla con mucha movilidad de trabajo. Nuestra generación sigue las estadísticas de empleo con tanto interés como los administradores de Faraón observaban el nivel de los graneros durante los años de hambre. 4. Al revés del pasado, los jóvenes se han de preparar para encontrar una colocación que les permita ganar la vida para la familia que van a constituir; eso hace aumentar mucho el coste de educación. 5. A pesar de las altas rentas de la familia moderna, especialmente en la familia joven, aumentan sus deudas para instalarse en el nuevo hogar, unos 740 dólares por familia. Luego se señalan algunos problemas como consecuencia de estas nuevas circunstancias de la vida moderna, prescindiendo de si ahora se vive una vida más humana que la que vivían nuestros abuelos. Se señala la necesidad cada vez más acentuada de trabajadores cada vez más cualificados en la era de la automatización, lo cual supone cuatro o seis años de formación profesional. Se ponen ejemplos vividos por el autor. En especial se plantea el problema de las exigencias de la vida social, de la posición de la mujer en su preparación, de los ahorros para la constitución del matrimonio, del coste de la educación de los hijos (un niño en el primer año de su vida, en la clase media, cuesta unos 600 dólares), de la incidencia de la seguridad social sobre los ancianos.

SOCIOLOGIA

GÉRARD DION: *Salair familial et revenu familial* (Salario familiar y renta familiar). *Relations Industrielles*. Enero de 1960, págs. 2-30.

Se trata de un estudio de moral social. Hace sesenta años que el problema es objeto de discusiones entre los moralistas y entre los economistas y que no se puede resolver haciendo sólo un llamamiento a los principios. Es la ilusión en que caen algunos moralistas cuyos conocimientos en ciencias económicas no están a la altura de su competencia en su propia disciplina. La terminología pontificia no es siempre adecuada y acae que los moralistas buscan en los textos pontificios una respuesta a todo, una expresión científica o técnica y se olvidan de que los Papas establecen solamente principios, dan orientaciones, sin indicar métodos económicos. Primero se establecen los fundamentos ya sabidos de la seguridad económica de la familia, en que todos están de acuerdo. Pero se trata de saber cómo el padre de familia puede contribuir por su trabajo a la seguridad económica de su familia y en qué límites. Se trata de conciliar dos principios ciertos, en apariencia contradictorios: a trabajo igual, el patrono ha de pagar un salario igual; los jefes de familia que tienen responsabilidades más grandes tienen un derecho a una renta en relación con estas responsabilidades porque tienen el deber de hacer vivir a su familia.

La doctrina clásica de los moralistas es la del salario familiar absoluto debido en justicia conmutativa por el patrono, o por lo menos en justicia social, y del salario familiar relativo por justicia social; hay disputas sobre la clase de justicia; pero coinciden en decir que el salario familiar es una responsabilidad del patrono. Esta doctrina ha sido argumento para los sindicatos para pedir aumento de salarios, ha sido ignorada por los economistas y descartada por los patronos. Pero en el campo de los moralistas ya se nota cada vez más alguna fluctuación. Se citan ejemplos de ello. Luego expone el autor las debilidades de la doctrina clásica del salario familiar: identifica salario y renta; el valor añadido al trabajo en virtud del aspecto familiar aprovecha no ordinariamente al patrono sino a la sociedad; el concepto de familia normal suscita graves dificultades; la doctrina reposa sobre una hipótesis optimista de la economía: si ahora no se da, ya llegará un momento en que se dará, pero hoy aun en los países más prósperos no se da; además la doctrina encierra un círculo vicioso que no permitiría jamás a la familia hacer frente a sus necesidades por la creación de nuevas necesidades a favor de los célibes, etcétera. Para terminar esta crítica, el autor cree que jamás esta doctrina podrá regular completamente el problema fundamental de asegurar a toda familia una renta suficiente para hacer frente a sus obligaciones. Luego se exponen doctrinas nuevas: la de los Obispos de Australia en su declaración colectiva de 5 de septiembre de 1954, en la que defienden el salario individual como de justicia y la obligación del Estado de dar subsidios, a falta de organizaciones profesionales bien establecidas; el Obispo de Friburgo en su pastoral de cuaresma de 1956 señala al Estado una obligación de justicia conmutativa en pagar subsidios familiares; pero el autor no admite esta obligación sino cuando se fija por ley, a lo que puede obligar la justicia social. La teoría de Fogarty, que admite el salario individual más las primas necesarias que den derecho a los subsidios familiares relativos. Como consideración final, el autor establece la diferencia entre el salario como coste y el salario como renta: hay que desarrollar una comprensión más grande de la concepción cristiana de la familia y hay que suscitar instituciones en que los jefes de familia puedan hacer valer sus puntos de vista. Obligación también existe de aumentar la productividad y la producción.

Las posibilidades de empleo de los agricultores fuera de la agricultura en Europa.
Revista Internacional del Trabajo. Febrero de 1960, págs. 165-180.

El tema de la Conferencia de la O. I. T., de 1960, ha tratado de la elevación de los ingresos y de la mejora de las condiciones de vida de las comunidades rurales. En este artículo se estudia un aspecto limitado de este problema, o sea, la posibilidad de facilitar empleos suplementarios o alternativas fuera de la agricultura a las poblaciones agrícolas subempleadas de Europa, o en paro encubierto. Aunque se continúa estimulando la creación de oportunidades de empleo suplementario, con el fin de facilitar un complemento de ingresos a los agricultores y a los trabajadores agrícolas a tiempo parcial, la tendencia actual, por lo menos en los países más industrializados de Europa, parece ser el suministro de oportunidades de empleo alternativo, mediante programas de fomento de las zonas rurales, así como mediante la descentralización de la industria. Por muchas razones de índole social y económica, los gobiernos cada vez aceptan menos el traslado del campo a la ciudad, sino que prefieren procurar a los trabajadores agrícolas subempleados un trabajo productivo en otra profesión, en la localidad o en sus inmediaciones. Para ello se actúan diversas formas de ayuda oficial. Así la reducción del éxodo rural frena el exceso de urbanización y atenúa las disparidades económicas y socia-

les entre la ciudad y el campo. Primero se señala la importancia del subempleo, que en Italia afecta al 55 por 100 de los asalariados agrícolas y al 35 por 100 de los propietarios, arrendatarios y aparceros. Este subempleo afecta sobre todo las zonas donde predomina la pequeña explotación agropecuaria o el monocultivo. Se describen los tipos de actividad no agrícola que puedan procurar oportunidades de empleo alternativo o complementario: las industrias auxiliares a base de la industrialización de los productos del campo, de la ganadería y del bosque, o de la industria pesquera; este medio es algo limitado en las regiones rurales de Europa meridional. La artesanía, que en los países más industrializados continúa siendo una importante fuente de empleo no agrícola en las zonas rurales; en Alemania Occidental en 1950 el censo arrojó una lista de 864.000 talleres artesanos, de los que 120.000 estaban vinculados con una explotación agrícola; pero el progreso económico y técnico ha modificado profundamente estas actividades y ha obligado a efectuar grandes reajustes. El trabajo a domicilio, ya por cuenta propia, ya por contrato como un establecimiento industrial que generalmente les paga a destajo. Los servicios, en los cuales el nivel de empleo alcanza su punto culminante en los países y regiones donde más desarrolladas están la agricultura y la industria, pero los empleos en ellos se reducen al mínimo en las zonas agrícolas pobres. Las industrias, que, durante el proceso de industrialización, se trasladaron de las zonas urbanas a las rurales y otras nacieron de lo que antes eran pequeños talleres de artesanía rural, pero donde eso menos se ha generalizado es en los países donde más falta hace aumentar las posibilidades de empleo no agrícola. Luego se señalan los efectos de orden económico y social del empleo no agrícola, las medidas para fomentar las oportunidades de empleo no agrícola, la experiencia adquirida y las perspectivas futuras.

EVERETT E. HÄGEN: *Accroissement démographique et croissance économique* (Aumento demográfico y crecimiento económico). *Population*. Enero-marzo de 1960; páginas 97-114.

Después que la cuestión de las crisis agudas ha pasado al segundo plano, las relaciones entre los factores demográficos y el desarrollo económico, algo descuidadas durante mucho tiempo, preocupan de nuevo a los economistas. Además, la atención de los especialistas y de la opinión se dirige particularmente al problema de la población en los países subdesarrollados. Este artículo no es más que uno de los resultados de un estudio más vasto sobre el desarrollo económico, emprendido con el concurso de la fundación Rockefeller. La exposición teórica, bajo la forma de un modelo, es útilmente completada por constataciones históricas y consideraciones psicosociales; es además un trabajo que reacciona, de una manera general, contra la tesis maltusiana clásica o neoclásica. En la primera parte se dan los datos históricos sobre el aumento demográfico con comparaciones históricas y se hacen observaciones sobre 17 países desarrollados, que son los países anglosajones y los del Occidente europeo. En la segunda parte se traza un modelo analítico con datos matemáticos sobre la mortalidad y la natalidad con las incidencias del papel del progreso técnico; este modelo difiere en varios puntos de un modelo propiamente maltusiano y considera como indispensables los cinco puntos siguientes: la tasa de natalidad no es influenciada ni por la renta, ni implícitamente por la mortalidad; una baja de la mortalidad, por consiguiente, acelera el aumento de-

mográfico. No se puede extender la tierra sino a un coste creciente. Una ley de proporciones variables desempeña un papel. El capital no se acumula bastante aprisa para compensar la baja de la renta que se produce cuando la población aumenta pero con tierras limitadas. El nivel de la tecnología es constante, o bien el progreso técnico no es de ninguna manera una causa del aumento demográfico; si se produce, es solamente una coincidencia y su acción retrasa temporalmente el juego de los rendimientos decrecientes. En la tercera parte se hacen aplicaciones del modelo a tres casos concretos de aumento demográfico. Aun solo con el aumento del 1 por 100 anual de la población, ésta se doblaría en el espacio de 70 años; en ello no ve el autor motivos de alarma al contrario de lo que piensan otros observadores, que no tienen en cuenta las perspectivas que ofrece el progreso técnico. En los países en que la población ha aumentado más rápidamente en el curso de los últimos 150 años, los progresos de la técnica han sido más rápidos y la renta individual ha aumentado regularmente. Hay alguna razón en creer que esta relación entre el progreso técnico y el aumento demográfico será igualmente verdadero para el conjunto del mundo. El progreso se extiende ahora en los otros grandes países y antes del fin del siglo XX se extenderá sin duda a toda la tierra; no hay razón para poner límites a la creación de nuevos recursos.

FR. HOUTART: *Les conditions sociales de la pastorale dans les grandes villes de l'Amérique Latine* (Las condiciones sociales de la pastoral en las grandes ciudades de la América Latina). *Social Compass*, Vol. V, núms. 5-6, págs. 181-199.

La urbanización en la América Latina es un gran hecho social. El rápido crecimiento de las ciudades y especialmente de las grandes ciudades crea nuevas condiciones sociales. En algunas regiones, como Argentina y Uruguay, la urbanización es ya un viejo fenómeno. En otras partes del continente es reciente. Las causas de la urbanización son: ante todo, un formidable incremento demográfico de todo el continente. Relativamente hablando, la América Latina tiene el aumento más rápido de población del mundo. Aun las ciudades tienen ahora un aumento natural positivo. La segunda causa es el profundo subdesarrollo del campo. Las secciones rurales del continente no están equipadas, ni económicamente, ni socialmente. Ello crea un gran éxodo de la parte relativamente más desarrollada de la población y también la ausencia de ciudades de extensión media, centros de las áreas rurales. El desarrollo de las actividades industriales de la administración es el tercer elemento que influencia el crecimiento urbano. Finalmente, para algunas ciudades, especialmente marítimas, la inmigración europea desempeña algún papel, como en Caracas, Buenos Aires y Río Janeiro. Se describen algunas características de las ciudades. En primer lugar, el número de las grandes ciudades en comparación con el número relativamente pequeño de ciudades; encontramos un gran exceso de actividades terciarias; grandes dificultades de vivienda y, por causa de un rápido desarrollo, una ausencia de previsión pública, social y cultural. Se describe la ecología de las ciudades latinoamericanas, con Buenos Aires como ejemplo. Las conclusiones son que las características ecológicas de estas ciudades son las mismas que en las ciudades europeas y norteamericanas. La localización de los grupos étnicos o sociales parece seguir las mismas reglas. Finalmente se describe la vida religiosa en las ciudades, sobre todo desde el punto de vista de la demografía parroquial. En todas partes encontramos parroquias extensísimas, que demuestran la imposibilidad para la Iglesia de seguir el incremento urbano con esta estructura parroquial. Grandes esfuerzos se han hecho los úl-

timos años, pero la situación es aún mala. El número y la función de los sacerdotes se describen brevemente. Hay pocos sacerdotes y éstos ocupados en trabajo administrativo. Las conclusiones de este trabajo son que la asistencia a misa los domingos no es más alta en las ciudades latinoamericanas que en las europeas occidentales; que la vida religiosa urbana tiene las mismas características que en las ciudades del hemisferio occidental: debilidad de la parroquia como grupo social, instituciones religiosas que aparecen como instituciones sociales, pero no como expresión de vida. La transformación de la estructura social del continente tiene profundas consecuencias desde el punto de vista religioso y no permite ya la transmisión de una fe real, sino a veces primitiva.

DR. TIAGO G. CLOIN, CSSR.: *Aspects socio-religieuses et sociographiques du Brésil* (Aspectos socio-religiosos y sociográficos del Brasil). *Social Compass*. Vol. V, núms. 5-6, págs. 200-236.

Desde 1950, Brasil oficialmente se ha convertido en la nación católica más grande del mundo, 51 millones de habitantes en 1950, de los que el 93 por 100 son católicos, superando a Francia y a Italia. Pero la Iglesia está en críticas circunstancias, que son el peso de una herencia del pasado. Desde el período colonial, Portugal no pudo procurar el número adecuado de sacerdotes; la situación se agravó con el régimen masónico de la madre patria iniciado por Pombal y vino luego el período republicano inspirado en el positivismo y en el laicismo y proclamó la separación de la Iglesia y del Estado. Pero desde el principio de este siglo se ha renovado cierta vitalidad. Brasil es 16 veces más extenso que Francia, tiene una población muy poco densa, lo que crea insuperables dificultades de organización y de administración; los cuidados espirituales exigen un aumento a medida del aumento de la población, que fue de un 26,60 por 100 entre 1940 y 1950; se da una intensa migración, interna especialmente del noreste al área de San Paulo y Río Janeiro, lo cual constituye un problema social y religioso-moral de primer orden; añádase la mezcla racial (45 por 100 sangre blanca, 30 por 100 negra, 24 por 100 roja). Por influencia de la negra sobre todo se registra la extensión actual alarmante del espiritismo y tendencias afines. Para hacer frente a todo eso, Brasil habría de tener un número amplio de sacerdotes, pero actualmente es una de las regiones con más carencia proverbial de ellos. El término medio de sacerdotes en el mundo católico universal es de uno por cada 1.214 católicos, pero en el Brasil este número es de 5.963. Se habla luego de la división eclesiástica en dos grandes partes: las 29 Prelaturas y las 20 provincias eclesiásticas con 86 diócesis, 3.110 parroquias y 16.607 iglesias subsidiarias. Se comparan estas divisiones en relación con el número de sacerdotes. El clero regular es numéricamente más fuerte que el secular, con el 60,5 y 39,5 por 100, respectivamente, y esta preponderancia está aumentando, pero no al paso del gran crecimiento de la población. Los efectos de estos factores repercuten sobre todo en el cuidado espiritual de la parroquia. La parroquia brasileña con sus 1.370 kilómetros cuadrados y 17.400 almas ordinariamente, tiene un solo sacerdote, que ha de servir a la vez cinco o seis iglesias más. Por la distancia es difícil el contacto del párroco con los fieles. La primera víctima es la catequesis, la ignorancia; los sacramentos sufren. Se calcula que el 80 por 100 muere sin sacramentos. Las vacantes aún representan el 14,7 por 100 del total. Hay contrafuerzas muy activas: la masonería, aunque ahora se muestra menos activa, por lo menos en la escala nacional; el sectarismo protestante; el comunismo, que gana adeptos entre los intelectuales

y los trabajadores; el espiritismo, que produce el abandono silencioso de la fe. Finalmente, los problemas de la clase trabajadora y de la educación están causando gran ansiedad; pero la crisis de la clase trabajadora no es tan severa como en Francia e Italia, pero es el problema que habrá de preocupar más a la Iglesia. En 1950, aún el 64,25 por 100, incluyendo los niños, eran analfabetos. Hay una serie de factores que impiden afirmar que la Iglesia del Brasil va hacia la decadencia: la positiva buena voluntad del Estado para con la Iglesia, demostrada en los últimos años; el carácter nacional brasileño contiene valores de incommensurable importancia para la Iglesia Católica, en particular el sentimiento religioso, fuerte como un instinto primitivo, que forma una natural base robusta para su lealtad a la Iglesia; hay progreso eclesiástico desde el principio de siglo.

FRANK ORAZEM AND JOHN A. SCHNITTKER: *Agricultural Changes: A national problem* (Cambios en la Agricultura: un problema nacional). «Social Order». Enero 1960, págs. 13-16.

Los autores son profesores de Economía Agraria de la Universidad de Kansas y, en un denso artículo, expresan sus opiniones respecto a los mayores problemas porque atraviesa la agricultura de los Estados Unidos. Mientras el ingreso nacional aumenta, los ingresos agrícolas disminuyen y, consiguientemente, muchos campesinos ven mal recompensados sus esfuerzos y tiempo empleado en la agricultura. Los autores nos remiten en seguida al libro *Problems and Policies of American Agriculture*, que recoge los principales estudios presentados en la reunión patrocinada por el Centro de Regulación Agrícola, en 1958. Aunque allí nadie presenta una receta «curalotodo», se exponen, además de los problemas, ciertas formas de facilitar de alguna manera sus soluciones.

Desde el punto de vista meramente político se complacen los autores en observar a los dos clásicos partidos norteamericanos que coinciden en apelar a la «tecnología», como base de los remedios posibles, para deducir una política de no intervención estatal: los republicanos; y de intervención estatal: los demócratas. Coinciden de nuevo ambos partidos al considerar que la prosperidad de la Agricultura seguirá en U. S. A. en función de la tradición *family farm* (granja familiar), cuya conservación ameritará cualquier sacrificio, aun de elementos sustanciales.

Sin embargo, los autores parecen encontrar la raíz del problema precisamente en la *descentralización* de la empresa originada por el régimen de fincas familiares. Efectivamente, la producción agrícola está basada sobre la voluntad de millones de individuos, que toman sus decisiones mirando a sus múltiples intereses personales; cada uno de ellos, con poquísimo o ningún influjo en el total de la producción o en el precio.

Tales desventajas, en opinión de los autores, no han de entorpecer en definitiva, el poderoso desarrollo de la agricultura americana. Pero se requiere un *cambio*. Y, en el proceso de transición, miles de agricultores han de sufrir las consecuencias.

La superproducción agrícola hace crónico el problema. El aumento de las demandas anuales es sobrepasado por el aumento de la producción. Los partidarios del mercado libre temen la consiguiente baja de los precios agrícolas, si siguen luchando por sus propios postulados. Entonces, los precios solamente volverán a subir cuando los campesinos, al ver disminuidas sus entradas, se viesen obligados a reducir sus inversiones en las próximas cosechas. Desplazamientos que producirían nuevos éxodos del campo a la ciudad. El tránsito de la agricultura a la industria fue uno de los temas más persistentes señalados en las Conferencias de Iowa. La empresa no agrí-

cola continuará atrayendo en el futuro ex-campesinos en el mismo volumen de los últimos 15 años. Pero se teme que, para entonces, la industria no podrá ofrecerles plaza adecuada.

POLITICA SOCIAL

D. NACCU: *Du Kolkhoze au Sovkhoze* (Del Kolkhoze al sovkhoze). *Archives internationales de sociologie de la coopération*. Vol. III, págs. 126-145.

El autor ha publicado una obra notable sobre las formas de explotación colectiva en U. R. S. S., que es un inventario de los hechos, generalmente, sacados de las encuestas sociológicas mal conocidas hasta entonces, una tipología genética de la reforma agraria y de su desarrollo en este país y una interpretación tanto de estos hechos como de esta tipología y de esta evolución. Sobre estos puntos se ha redactado un cuestionario, al que responde el autor en este artículo. Seguirá una segunda obra del mismo autor sobre la vida interna de los kolkhozes y de los sovkozoes, formas de organización y de remuneración del trabajo. En un artículo anterior el autor había hablado de las formas de explotación colectiva anteriores a la planificación de la agricultura, o sea hasta 1929, como la Comuna, el artel, el toze, y al comienzo del presente artículo se resume la esencia de estas instituciones y se examina si contienen algo de verdadera cooperación, la cual no se encuentra en el artel, que es más bien una forma colectiva. Mucho menos es cooperación el kolkhoze, el artel soviético moderno, pues hay ausencia de libertad de adhesión a otras formas de asociación, dependencia del Estado y ausencia de democracia en su vida interna; los atributos contrarios son fundamentales en toda asociación cooperativa. Los sovkozoes, las estaciones de maquinaria agrícola, son empresas del Estado y nada tienen de cooperativo ni en su estructura socio-económica ni en su funcionamiento. Lo más interesante de la aportación del autor es la diferencia de las apreciaciones que se han hecho sobre la posible descentralización o democratización de la agricultura, por ejemplo, juzgando así la libertad que se ha dado para vender en el comercio libre lo sacado de las exportaciones privadas familiares de los que trabajan en los kolkhozes, sovkozoes y trabajadores industriales, la transferencia de la maquinaria de las estaciones a los kolkhozes, la reducción de las consignaciones obligatorias al Estado, etc. Pero la maquinaria continúa siendo propiedad del Estado, aunque se adjudique a los kolkhozes; el autor aporta numerosos datos y observaciones para afirmar que se va procediendo a la estatificación gradual de los kolkhozes, y de hecho ha aumentado el número de los sovkozoes a expensas de los kolkhozes. La misma significación tienen de mayor centralización y estatificación del plan económico los consejos económicos establecidos en todas las regiones con la consiguiente supresión de ministerios. También por las formas de retribución que se van introduciendo en los kolkhozes se ve que se van acercando a los sovkozoes. Miles de militantes del partido comunista se han puesto al frente de los kolkhozes para apresurar esta evolución. Para llegar a la estatificación integral de los kolkhozes no queda sino generalizar el sistema de los salarios y consagrar jurídicamente lo que ya está casi realizado de hecho. Por lo mismo los fondos indivisos de los kolkhozes se van considerando gradualmente propiedad del Estado. El autor compara las formas soviéticas de organización de la agricultura con las formas cooperativas agrícolas de Suecia, para hacer destacar cómo aquí se encuentra la verdadera cooperación y allí no.

R. LEGRADIC: *La propriété collective en Yougoslavie* (La propiedad colectiva en Yugoslavia). *Archives internationales de sociologie de la coopération*. Vol. IV, páginas 103-111.

La diferencia cualitativa entre el Estado burgués y el socialista consiste en que aquél acude a la nacionalización parcial de los medios de producción y éste a la total, haciendo desaparecer la categoría económica de los capitalistas privados. Los países socialistas del Este han realizado toda una nacionalización total y continúan creando nuevas empresas nacionalizadas. Lo mismo en Yugoslavia hasta 1948. Luego el desarrollo socialista ha ido allí más adelante. Los países del Este han dejado subsistir al trabajador como proletario frente al Estado patrono: esta relación no es socialista, pues en estas condiciones el trabajador siempre se ve obligado a vender su fuerza de trabajo, de la que queda propietario privado, lo cual supone la propiedad privada del otro elemento. La abolición del Estado como patrono es otra medida necesaria en el proceso de la edificación del socialismo. Esto se ha alcanzado en Yugoslavia con la autogestión de los trabajadores desde 1950. Ha suprimido la posesión por parte del Estado de los medios de producción; el trabajador es ahora su propio patrono, pierde su cualidad de proletario y es un miembro libre de la libre asociación de los productores. La abolición de la clase capitalista en cuanto categoría económica ha sido seguida de la abolición del proletariado en cuanto categoría económica. Explica el estancamiento de Rusia en este sentido por varias causas, y en especial por la política staliniana; se ha establecido allí el estatismo burocrático. Las revueltas de Hungría y de Polonia son una aspiración hacia la autogestión de los trabajadores. El autor se emplea en relacionar la autogestión con la propiedad colectiva con sutiles razonamientos. No la llama una verdadera propiedad la de los bienes de producción de los que los obreros llevan la gestión, sino una cuasi propiedad, que está prohibido que pase a propiedad privada; frente a otros organismos, o sea hacia afuera, aparece una verdadera propiedad. Los cuasi-propietarios están sometidos a una disciplina interna particular y a un control económico, a los órganos políticos de la autogestión, a los consejos de los productores de los municipios, de la república y de la federación yugoslava. Relaciona este sistema con la ley del valor; la planificación estatal es un obstáculo a esta ley, que no permite su libre juego sobre la nueva base social del trabajo libre. La planificación es colectiva, no estatal. Se admite la propiedad personal, o sea la de bienes de consumo. La propiedad privada de la tierra y la propiedad de artesanos. Otra propiedad privada colectiva es la de algunos organismos, como sociedades deportivas y otras asociaciones.

ANNA LOUISE STRONG: *The Chinese Communes come of age* (Las comunas chinas llegan a su mayoría de edad). «New World Review». Febrero 1960, págs. 23-29.

New World, una revista comunista que se publica en los Estados Unidos con el fin de divulgar la alta cultura comunista en este país, nos presenta en el artículo que comentamos un documental de la marcha actual de las comunas rurales de la China Roja. El forzado carácter apologético y el estilo —disfraz emotivo— típico de la literatura comunista resaltan en cada renglón. La autora, asidua colaboradora de la revista en materias de Economía Agraria, ha escrito todo un libro sobre el tema del artículo. Los editores de la revista condensan en este número la Introducción del libro.

La tesis del artículo consiste en mostrar la eficacia económica del régimen co-

munal chino. Otros valores humanos, que giran alrededor de todo sistema económico, aparecen tratados sólo de pasada.

No hay que creer —nos dice— a los que propalan el fracaso de las comunas. No ha habido colapso en ninguna de ellas. La reducción de 26.000 a 24.000 comunas es sólo señal de consolidación. Las comunas han facilitado el aumento de producción industrial doce veces por encima de las cifras de 1949, en la industria ordinaria, para multiplicarse por veintisiete en la industria pesada.

En U. S. A. —continúa— no se ha interpretado debidamente el valor de las comunas por dos razones: primera, la comparación con las comunas rusas que fracasaron hace treinta años; segunda, la merma en las cifras de producción agrícola. La autora afirma que no ha habido tal disminución. Se trata simplemente de un error en las mediciones: antes, los campesinos chinos no sabían medir y calcularon una producción de 375 millones de toneladas de grano en 1958; mientras que las mediciones científicas del Ministerio de Agricultura en 1959 sumaron rectamente 250 millones.

Actualmente la *estructura* de las comunas se ha definido con más claridad. Especialmente aparece clara ahora la pregunta más fundamental: ¿Quién es el dueño de la tierra? La autora afirma especiosamente que China Roja nunca «nacionalizó» la tierra. Siempre fueron los campesinos los dueños: primero, individualmente y, ahora, a través de las cooperativas.

La distinción entre los diferentes «grupos de trabajo» no aparece suficientemente clara en el artículo. Parece que hay dos grandes grupos: el «promedio» y el «pequeño». El «grupo promedio» es dueño de la tierra y de los aperos de labranza. El «grupo pequeño» es dueño de sus casas en los pequeños pueblos, de su huerta y de su reducido ganado. Mientras la función del grupo promedio consiste en producir; el grupo pequeño se dedica a labores hogareñas, eso sí, de tipo comunitario: comedores comunes, creches, jardines infantiles, hogares de ancianos. Para tener una idea numérica de la extensión de los grupos hay que notar que los llamados pequeños llegan a cifras que van desde las 70 a las 200 familias; los grupos promedios aunan familias por cientos y miles.

El comité de la comuna lleva la *dirección* de la producción. Sus miembros son elegidos (presumimos que por el Estado) entre las «brigadas de producción», o sea, los grupos medios. Las grandes ganancias de las diferentes comunas se acumulan, a su vez, en un fondo común. El comité administra el fondo y planifica la producción futura.

Además del régimen de «propiedad» descrito, el régimen de «sustentación» parece ser otra de las *ventajas* de la vida agrícola comunitaria. La concepción del *salario* es muy interesante: se hace énfasis en que responda al trabajo realizado, en que permita escoger *voluntariamente* los servicios públicos, y en que se lleve una estricta contabilidad. Un ejemplo de la selección voluntaria de los servicios públicos es la manera de adquirir los alimentos. La práctica actual consiste en dar a cada uno el grano que se ha ganado; lo que no utilice, debe devolverlo al comedor común. De esa manera se ahorra más grano que antes.

La *comida* se adquiere ahora también de una manera más voluntaria. «Comida libre» no significa que un hombre reciba todo lo que puede comer; sino en que se le dé, además de una ración básica para el trabajador, una cantidad suficiente para los niños y ancianos de la casa. El trabajador presenta, a principios de mes, la cuenta de sus gastos posibles: si consume menos, debe devolver lo sobrante; si más, debe pagar el exceso con su «salario». La «estricta contabilidad» ha terminado con la idea de comer «cantidades-sputnik» pero ha abierto paso al principio de que «nadie quede con hambre».

Otro renglón de este mismo capítulo de manutención queda resuelto gracias a los comedores públicos. El uso de este sistema de comer es también libre. Y los campesinos parecen aplaudirlo. La Provincia de Hanon contaba con 320.000 comedores, sostenidos por el 99 por 100 de sus vecinos. Pocas provincias presentan un porcentaje de campesinos comiendo en esos comedores inferior al 90 por 100. Por lo visto, la comida en privado presenta serias dificultades: más trabajo casero para la mujer y más molestia, en el acarreo de lana y agua, para el hombre...

La actuación del pueblo, organizado en comunas, ante las inundaciones, sequías y pestes que sufrió el país, es un último argumento en favor de la vida comunitaria de la China Roja. Efectivamente, a pesar de tener que descontar las áreas bajo sequía durante meses mientras otras sufrían inundaciones de 20 pulgadas, la lucha organizada contra esos impedimentos naturales hará que las cosechas de este año superen a las del año pasado.

Finalmente, es interesante notar lo que se refiere acerca del impacto social y económico de las comunas campesinas en el mundo urbano-industrial. Al principio las municipalidades campesinas firmaron contratos de abastecimiento con las ciudades vecinas. Pero, desde junio de 1959, Shanghai ha comenzado una nueva política que será pronto adoptada por otras ciudades: la ciudad incluirá dentro de su territorio a las municipalidades vecinas y, con ellas, integrará a las comunas dentro de la vida de la ciudad. Las provincias entonces, sin el mercado de la ciudad, pero dotadas del gran poder que le comunica su organización comunal, buscará una puerta de escape: se industrializarán, se convertirán en ciudades. «La ciudad y el interior serán, finalmente, una sola cosa».

Tal parece ser la ambiciosa meta pretendida por los campesinos de la China Roja.

TECNICA Y RELIGION

J. THOMAS: *Le monde de l'industrie et la foi* (El mundo de la industria y la fe). *Études*. Febrero de 1960, págs. 188-199.

En cierta manera algo faltaría a la Iglesia si algo del hombre se desarrollase al margen de ella, pues a través de la diversidad humana se pueden desplegar y manifestar las riquezas insondables del Cuerpo de Cristo. Hoy la Iglesia se enfrenta con un problema nuevo: acabada la exploración del mundo, comienza la exploración del hombre. El hombre moderno cree descubrir en sí sus títulos de creador y una revolución industrial hace surgir otro universo, y la profesión es una manera de percibir y de obrar. Hay que ir al «análisis trascendental» de la conciencia industrial para descubrir las raíces profundas de la que se llama una incompatibilidad de hecho entre la fe y la mentalidad técnica. En tres artículos se puede resumir el «Credo» de la era industrial. 1. La racionalidad: fuera del postulado de que todo es racional, no hay ni ciencia ni técnica posible; las audacias del cálculo se inscriben tarde o temprano en los hechos; lo verdadero es lo que ha sido verificado; es verdad que siempre queda algún residuo ininteligible, pero esta opacidad es provisional; así, ¿qué lugar queda para el misterio?; pero esta claridad se paga con una miopía voluntaria, pues deja fuera del campo de visión a la persona y su misterio; se sentirá el fracaso humano que resulta de la transferencia ilegítima de la razón a sectores en que sólo la inteligencia es capaz de hacer frente a la verdad. 2. El culto de la eficacia: es el segundo absoluto, más que una norma explícita de juicio; los hombres no quieren perder el tiempo, crearían perder su vida, si se emplea en un estudio que no conduce a nada, en un

trabajo de pura rutina; más que voluntad de goce, hay voluntad de poder; de aquí la desconfianza por la palabra, que no tiene sentido sino como proyecto de un acto. El cuidado por la eficacia alcanza un sentido estético inconsciente; existe la avidez por el éxito y el rechazo del sufrimiento gratuito; se está en los antipodas de la visión cristiana. 3. La certeza del progreso; el culto de lo racional cerraba el espíritu a toda aceptación del misterio; el cuidado por la eficacia pervertía el sentido de la caridad; pero la civilización industrial opone a la esperanza el fin de no recibirla como absoluta; es la certeza del dominio del futuro; se hace del porvenir su dominio. Hay tensión hacia lo que será. La posibilidad de prever es la medida de las responsabilidades y del poder. Se está absolutamente seguro de que el ritmo del progreso se irá acelerando; planificar es más importante que producir. Así el interrogante religioso como tal queda siendo extraño a un gran número de nuestros contemporáneos; desaparece el sentido y el valor de la existencia. Se esboza una tarea, pues no hay que desesperar ni admitir sin discusión que la industrialización sea igual a la descristianización. En medio del mundo industrial los cristianos son hombres libres; saben tomar en serio su tarea en la medida en que Dios la toma también en serio; realizan la vocación recibida en la mañana de la creación; descubren la significación religiosa de su trabajo; la salvación ya se ha dado; está entera en germen en la venida al mundo del Hijo de Dios y en la Iglesia la fe es inseparable de una referencia a la tradición; Jesucristo vendrá; a la humanidad le hay que mostrar que estos proyectos terrestres no tienen sentido sino en su inserción en el designio de Dios. Tenemos que hacer un inventario más exacto de las riquezas cristianas. Se reconocerá el valor supereminente de la inteligencia creadora; se pondrá en honor el sentido de la Omnipotencia divina; se pondrá de realce la ciudad definitiva que se construye.

M. DE CHEVEIGNÉ: *Les chrétiens et la «consécration» du monde technique* (Los cristianos y la consagración del mundo técnico). *Les cahiers du clergé rural*. Marzo y abril de 1960, págs. 149-161 y 195-204.

Se comenta el texto del martirologio romano del 24 de diciembre en que se habla de que Cristo con su venida ha consagrado el mundo. Este no se entiende en un sentido pesimista, sino que designa los valores del universo, entre los que se encuentra la organización técnica. Consagrar puede significar transubstanciar, bendecir, santificar, sacrificar. En un primer artículo se desarrolla el tema de que Jesucristo es el Consagrador del mundo, y el papel de los cristianos consiste en ser ministros o instrumentos de El; en un segundo artículo, más psicológico y pastoral, se considera cómo se realiza la santificación del mundo técnico. Según los textos de San Pablo y de San Juan, la consagración del mundo es la perpetua consagración al Padre, primero del hombre Jesús, luego en este Hombre nuevo de todos los hombres y de todo lo que toca a los hombres. La consagración del mundo se inscribe en la historia universal y de una manera que reproduce la consagración personal de Cristo-Sacerdote en dos grandes fases, en la consagración que se hace de sí mismo por la Eucaristía en la Iglesia, en la consagración de la humanidad y del universo. La consagración ministerial se realiza por los miembros de Cristo, en el orden ritual y cultural en las funciones sagradas, con el bautismo por ejemplo, y en la vida cotidiana en los actos ordinarios de la vida y en las funciones sagradas, como la misa del domingo. Las condiciones para ser ministro del Cristo consagrador son dos: una intención cristiana y una voluntad consagrada al Señor, y una materia valedera, que es toda nuestra labor y

nuestra técnica, un trabajo cada vez más acabado y más digno del Padre y más útil a los otros. Por lo que toca al aspecto psicológico y pastoral, tema del segundo artículo, el profesional que ha asistido al misterio de la misa y ha escuchado la palabra de Dios, puede encontrar en su profesión una ocasión para proseguir en esta adoración, sea limitándose a interpretar el mundo, sea esforzándose por crear algo nuevo. En cuanto a lo primero, en el descubrimiento de las estructuras materiales, se descifran las trazas de la Sabiduría divina, que todo lo ha creado. Y cuanto más se descubra al hombre como rey del universo, el cristiano sobrepasa la etapa de la contemplación y lo ofrece todo en homenaje al Creador; el genio creador del hombre se consagra a la gloria de Dios. En la misa también se aprende otra verdad: más allá de la vocación de creador terrestre, existe una vocación de hijo de Dios y de hermano universal y el espíritu de familia consagra el cuidado por la honestidad en el investigador. Por una reflexión análoga es posible detectar todavía en la técnica algunas predisposiciones para el espíritu católico; para crear hoy se necesitan equipos cada vez más numerosos y que estén de acuerdo, es decir, requieren amistad o por lo menos solidaridad. Existe, pues, una especie de matrimonio entre vida cristiana y técnica. Pero en la misa el hombre aprende también la verdadera medida de su trabajo, porque lo juzga en el interior de la Eucaristía, evitando o el dar demasiada importancia a la técnica, o evitando el minimizar la importancia de su obra. Siguiendo en estas reflexiones se llega al espíritu de penitencia y de redención, en la enfermedad y en la muerte.

GUSTAVE MARTELET, S. J.: *Ni progressisme ni intégrisme* (Ni progresismo ni integrismo). *Revue de l'Action populaire*. Febrero de 1960, págs. 133-146.

Pregresistas e integristas reivindican el honor de ser verdaderamente cristianos en su relación con el mundo. Quizás para algunos sólo se trata de opciones políticas, pero a veces éstas son incompatibles con los principios sociales del cristianismo, que han de servir como normas de las preferencias políticas de los cristianos. Primero se expone el punto de vista progresista: el compromiso temporal puede entrañar alguna desviación; a menudo esta tendencia ha tenido la conciencia del carácter concreto del cristianismo en función del marxismo; para responder a los ataques marxistas sobre la ineficacia cristiana, el progresista quiere mostrar a su hermano no cristiano hasta dónde va el realismo temporal del cristianismo, quiere suprimir el escándalo de la ineficacia temporal del cristianismo, pero con peligro de suprimir el mismo cristianismo, que se convierte en sinónimo de entrega temporal, de sindicalismo o de acción política, y esta entrega temporal no es una consecuencia sino el mismo criterio de la verdad de la fe, ante la que reclama una autonomía radical; se tiene así una reducción temporal de izquierda, siendo así que el criterio cristiano trasciende todas las aplicaciones políticas. El punto de vista integrista: el cristianismo es un contenido absolutamente determinante; no hay varias fórmulas posibles de la vida en sociedad según la justicia, el orden y la verdad, sino una sola, la maqueta de la sociedad ideal elaborada por la doctrina social cristiana; las figuras concretas de la sociedad no han de cambiar; la fijeza de los principios ha de regular la vida social, que se confunde con el *statu quo* de las formas ya existentes; en materia temporal, el integrismo encierra una actitud conservadora exasperada. Se relacionan luego las dos actitudes, que pretenden servir al cristianismo en el orden temporal; las dos encierran una desafección por la Iglesia; el progresista quiere remediar el escándalo de una vida cristiana sin caridad; el integrista quiere remediar el escándalo de un cristianismo

sin doctrina. En el activo del progresismo queda el rechazar un cristianismo formal; en el activo del integrismo queda un cuidado por el contenido de la verdad dogmática. La caridad progresista tiene el riesgo de no ser el amor al prójimo al que nos lleva la verdad doctrinal; el cuidado integrista por la doctrina tiene el riesgo de ser un amor partidista de ideas cristianas, desconociendo a los otros hombres. Los dos tienen el mismo cuidado por conservar alguna cosa esencial al cristianismo, sea el realismo cristiano en el caso del progresismo, sea la prioridad de lo doctrinal en el integrismo. Pero ambos parecen haber perdido el alma del cristianismo. Finalmente se explica la realidad del hombre y del misterio de Cristo, el sentido que tiene la dominación de la naturaleza, según textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, el sentido de la victoria sobre la muerte y cómo el hombre, según el mismo espíritu cristiano, se ha de consagrar filialmente a Dios.